

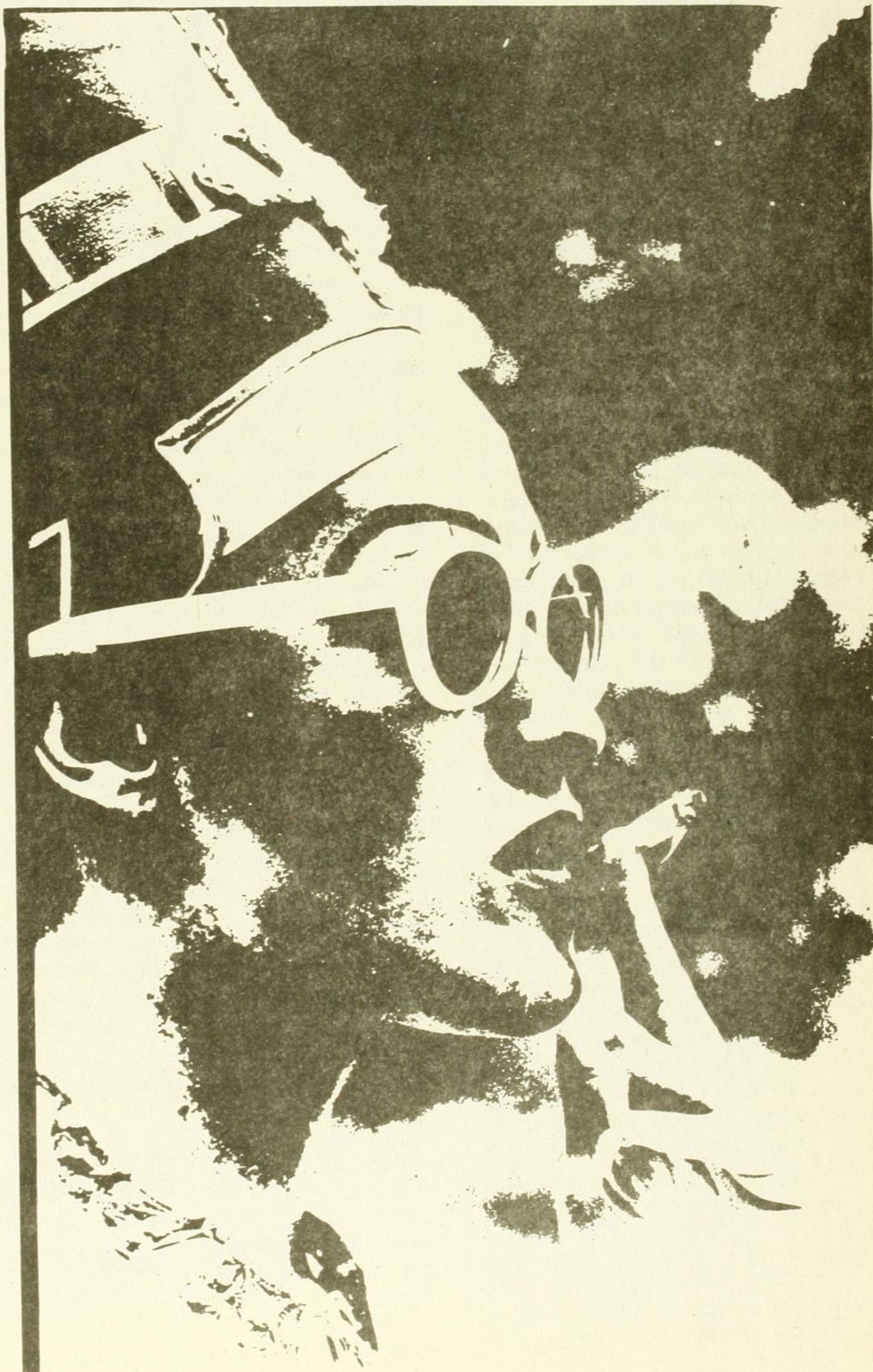
TEATRO

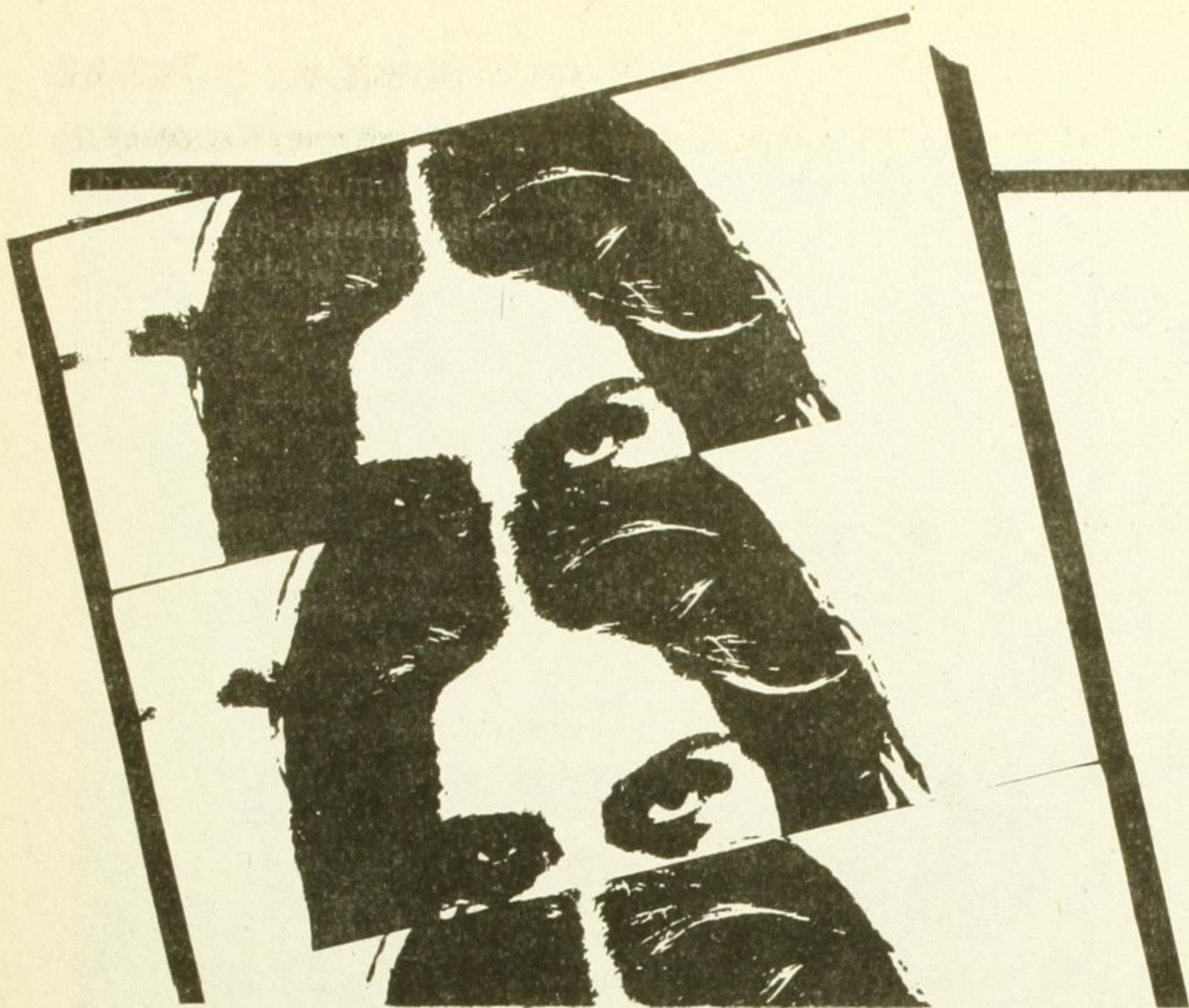
Noches de humor en Coyoacán

Si un aparato sofisticado pudiera medir la risa y captara sus curvas de intensidad, marcaría en la representación teatral de *El fracaso* líneas en dos registros: recta y estable, sin descensos ni ascensos, fiel a un "sostenido"; sinuosa en cuanto a los diferentes tipos de risa que provoca: risa sorprendida por el disparate, risa consecuente con el destello de una frase ingeniosa, risa melodramática ante el sufrimiento amoroso, risa histérica ante la crueldad. Los efectos son múltiples y podrían clasificarse sistemáticamente pero, a la postre, llegaría a determinarse que se desprenden de un sistema en el que ha sabido fundirse lo cómico y lo trágico, la malignidad y el humor, el gag y el ademán doloroso, el discurso solemne y sancionado y el deslizamiento inesperado hacia el absurdo.

Estrenada en abril en el café concert "**El cuervo**" (frente a la Plaza de la Conchita en Coyoacán, de martes a domingo a las 22:30 hs), *El fracaso*, pieza concebida como teatral-musical por Jesusa Rodríguez, Liliana Felipe y Horacio Acosta, no ha cesado de causar emociones durante meses por la generosidad de su despliegue humorístico, es cierto, pero también por varias incitaciones que se ha propuesto provocar en el espectador y que, a partir de lo cómico, obligan a la crítica social en su sentido más amplio: cuestionamiento de relaciones, costumbres, ideologías.

Algunos puntos se destacan en las líneas argumentales del *Fracaso*: personajes de la historia y de la literatura conviven con los de un presente dramático y parecen haber sido elegi-





dos porque, siendo arquetípicos, ponen a prueba la versatilidad interpretativa de los actores. Desmitificados de propósitos y despojados de los atributos de inmortalidad con que los consagra la historia, sólo se extrae de ellos lo que puede servir a la irreverencia. Como si los desfallecimientos y renunciaciones de los héroes y el traspaso de sus acciones aparecieran condensados a través del tiempo —el único tal vez que puede desfigurar la homogeneidad idealizada de seres humanos y, no obstante, humanizarlos—, fijados en su gestualidad, convertidos en meros despojos en un escenario montado para hacer reír. Las escenas en torno a esos personajes se suceden y brotan con una gran libertad, sin que el ritmo llegue a entrecortarse nunca pese a que existen “cuadros”, sin que en ningún momento se desdibuje la tensión o cese la cadena de hallazgos.

La música —piano y voz de la actriz y compositora Liliana Felipe— en todo ese vertedero de imágenes, composiciones espontáneas y chisporroteo de ocurrencias, fusiona todos los elementos, funde las secuencias y sella los diferentes materiales de una manera suave pero convincente: nunca se superpone para tapar la acción, pero sin ella la acción no podría lograr el vuelo que logra, lírico, a veces grotesco, pero siempre profigioso.

Esta prodigalidad, si así puede llamarse la incesante “producción” dramática del *Fracaso*, aparece no sólo en los numerosos actos que constituyen la puesta, sino en una infinidad de detalles que surgen y que

costaría recopilar en una memoria precisa; da la impresión de que el grupo ha cuidado tanto las escenas “mayores” como los mínimos ademanes, dando a éstos una importancia en el conjunto que parece remitir a una concepción del espectáculo: nada es nimio ni desdeñable, las partes son el todo. Alrededor de los núcleos dramáticos pulula una cantidad de puntos luminosos, de fulguraciones, de guiños que crean una complicidad muy particular con el público y que enriquecen la propuesta global. La densidad de esos puntos pide una atención cuidadosa del espectador y revela, al mismo tiempo, la acumulación de ingenio que han invertido los creadores del *Fracaso*.

Una última acotación que quizás sólo pueda ser verificada por unos pocos, pero que no deja de tener interés señalarla: el humor en su variante corrosiva —veta que Jesusa explota con gran éxito— es característico también de una lejana provincia argentina, Córdoba, donde nacieron y vivieron Liliana y Horacio. Fatalista, serenamente escéptico, ese humor cuestiona la solemnidad y la pacatería de los encumbrados, se goza en

revelar el costado mediocre de lo “grandioso”, celebra el efecto humano extrayendo de él el mote justo que le corresponde, hace de la malignidad virtud y de la sagacidad inteligencia; mordaz con el cursi y el impostor, suele ser tierno con el humillado.

El título elegido, *El fracaso*, al asumir la vulnerabilidad que corroe a todo espectáculo, desmitifica “la gloria” de las tablas; lo que en ellas sucede es no sólo el primer plano de la fachada sino las bambalinas. La diva descubre sus afeites y cambia de vestuario delante del espectador, la música no es de fondo, ni se despliega como cortina: está integrada al espectáculo como un protagonista; el fracaso, la falacia, el engaño grande o el truco pequeño, son las condiciones que el oficio impone. Revelarlas y compartirlas con el público permite recomenzar todas las noches un ritual que nunca será el mismo que el de la víspera ni el de la noche siguiente. De “obra que se haría de función en función” habían calificado los actores a su pieza. La experiencia les ha dado la razón y quien vió *El fracaso* en invierno, verá otro *Fracaso* en primavera.

libros discos arte café
gandhi
m.a. de quevedo 128 / 548.1990
